

brote el milagro que urde la frente pensadora,
cante el exaltamiento del dios siempre ignorado.
La tierra es el reposo del hombre. El agua, el viaje;
y en sus eternas olas recógese el anhelo
de estar en el paisaje
de una montaña alegre bajo el azul del cielo.

Colón es el demiurgo del bien omnipotente,
Colón es el *fiat lux* de la mitad del mundo:
en su actitud, la nada desvela un continente
como al conjuro extraño de un dios meditando...

Sale de la Edad Media,
descifra el pavoroso sistema del océano,
dilata los espacios recónditos y asedia,
entre la noche, el alma voluble del arcano;
y ante el ofuscamiento mental de las edades,
forzando el estrechismo de las generaciones,
descubre nuevas tierras, nuevas humanidades,
nuevas constelaciones...!

Manuel Segura

Costa Rica, octubre, 1921.

Cartas de Juan Silvestre

a Jacques Tournebroche ⁽¹⁾

POR CARMEN LIRA

Caballero a quien estimo:

ESTA mañana estuvo a visitarme ese pobre muchacho que cree ser un poeta, y cuando lo tuve ante mí con su aire de afectado descuido, sus palabras de un romanticismo barroco y sus lamentaciones contra este ambiente ramplón y aceitoso, se sacudió en mi memoria vuestro recuerdo, señor Tournebroche: me pareció escucharos describiendo el abandonado parque del señor de Astarac, —aquel en el cual os complacéis en «El Figón de la reina Patoja»,—el parque poblado de estatuas de mármol, mutiladas, y llegabais a este pasaje: «Un joven fatuo, cuya cabeza yacía en tierra, trataba aún de llevar la flauta a la boca».

Pero la voz del joven versificador espantó vuestra imagen. Una vez más proclamaba en mi presencia, el ser incomprendido, y una vez más apostrofó el ambiente y mis ojos, sin premeditarlo, buscaron entre mis papeles unas meditaciones de Xenius, porque en alguna parte de ellas está escrito que, «a espejo del rey Sol se diga: El ambiente soy yo».

Mi descontento visitante sacó de su bolsillo un cuaderno, y comenzó a leerme su poema anunciado meses ha, laborioso trabajo de muchos días y muchas noches.

Y conforme leía, se iba apoderando de mí una visión: el cuarto se poblaba de añosos árboles; era una avenida sombría, cubierto el suelo de hierba, bajo el arco formado por los follajes entrelazados, una hilera de pedestales ruinosos, revestidos de musgo y líquenes que sostenían sendos faunos de mármol, decapitados eso sí, con su flauta cada uno, que aun trataba de llevar a la boca. Las cabezas asomaban entre la hojarasca que cubría al suelo, pero estas cabezas tenían facciones que me recordaban las de personas conocidas: allí estaba la de aquel músico em-

peñado en su ópera fabricada ya de trozos prestados, ya de pasajes vulgares, y que aun no ha logrado interesar a nadie; otra, la de más allá, una con la nariz metida entre el humus, con los ojos entrecerrados, como en actitud de espiritual acecho, es la de cierto filósofo de teorías enmarañadas las cuales se convierten en cuanto uno trata de meterlas entre el cerebro, en humo que da vertiginosas vueltas; hay una de boca apretada y ojos elevados en un gesto orgulloso: es tan parecida a la del pintor, —mi compañero de mesa en la pensión en que habitaba yo antes— quien no consigue llevar a sus lienzos las bellezas que lo rodean. Y allí... allí estaba también la cabeza del muchacho que me leía su poema, con un rictus de rebelión.

Ante esta última me quedé sumido en dolorosas reflexiones: sí, el muchacho sabía de los pasos de la poesía a través de todas las épocas; conocía a cada poeta; sabía todas las reglas de la métrica; metió su nariz en todos los moldes; os habla de exámetros, heptámetros, alejandrinos, hemistiquios, dáciles y esporfídeos; ha tenido agarrones por el verso libre... Mas ¡ay! cuando se llega el momento de escandir sus propios versos, más le valiera ser dependiente en una tienda y medir cintas, encajes y tules.

También andaban entre la maleza

unas cabezas que me hicieron pensar en dos hermanas que aún viven en una retirada soledad cerca de la montaña: la una—cuando las conocí, y de esto hace ya muchos años—tenía sus hermosos cabellos color de madera de cedro, su piel en flor y hoyuelos en las mejillas; la otra, pálida, graciosa e inquieta como un potro de sangre. Y ambas con el corazón dispuesto en forma de nido en espera de los amores. Yo vi posado en sus pupilas—puntos misteriosos en el centro del iris color de agua tranquila—el deseo de amar cual un pájaro prisionero en el travesaño de una jaula, y mi espíritu creía oír las cantar en la clave en que cantan los jilgueros en los bosques cuando cae la tarde. Hoy son viejas, más viejas que yo que doblé los cincuenta. Y llegaron a la vejez con su corazón inútilmente cóncavo y mullido... ¡Cuán a su gusto habría anidado allí el Amor! El pájaro de las ternuras preso en sus miradas debe haber muerto de tristeza. ¿En qué harán pensar ahora sus ojos? Quizá en margaritas mustias. ¡Pobre amor el de estas doncellas, que jamás supo a lo que sabía el desplegar sus alas bajo el azul de los cielos, ni cantar en la primavera su deseo y su alegría sobre una rama florecida!

Y yo sonreí con una lágrima tembándome en las pestañas, al reconocer los rasgos juveniles de mis amigas viejas, en las testas de dos de mis des-cabezadas estatuas.

Mi visión se transformaba en pesadilla. Yo contemplaba los faunos levantando la flauta hacia el vacío, agitar los dedos y danzar al son de un silencio que martirizaba mis oídos.

¡En todos un anhelo: la flauta. Mas en el sitio en que deberían estar los



FABRICANTES - IMPORTADORES

COMERCIO NACIONAL

Nuestro café procede de las más afamadas fincas de la meseta central y tostamos solamente las MEJORES CLASES.

(1) En la traducción: Jacobo Dale-vuelta, personaje de Anatole France en «Las opiniones de Jerónimo Coignard» y en «El Figón de la reina Patoja».

labios que podrían libertar la música prisionera, está la nada!

¿Tendrán sus miembros la sensación de una melodía, pues que así se agitan, y somos los demás los que nos damos cuenta de su mutilación o es ésta un engaño de nuestros ojos?

¡Cómo deseaba yo, Sr. Tournebroche, que también vuestro maestro formara parte de la visión y mientras paseábamos por entre la hilera de faunos sin cabeza, me explicara su pensar sobre ellos. Aunque bien me sé que esa boca en la que parece haberse congelado ha tiempos una sonrisa de inteligente desprecio, no puede tener las palabras cálidas que necesito para soportar la angustia que tal idea produce en mi ánimo.

Y ahora doy vueltas a esta perogrullada: he observado que los mejores frutos de los árboles del camino no son para todos los viajeros que lo transitan, ya porque unos pasan de noche y no los ven, ya porque muchos de los que pasan de día y llevan los ojos abiertos, no los ven tampoco.

Decid: ¿creéis que existe una misteriosa relación entre flauta y labios?

Ya veis, la simple caída de una manzana hizo concebir a Newton su ley de la atracción universal. Tan sencillo motivo sacó de la flauta este acorde maravilloso. Su instrumento

no encontró el vacío; todo estaba listo para arrancar tan sublime armonía, todo.

¿Qué haremos los faunos decapitados? Porque habéis de saber que habemos seres que sentimos el vacío que existe allí donde debería estar nuestra cabeza.

Y la visión pasó, pero me he quedado suspenso de esta idea de la impotencia vistiendo un anhelo, como suspendido de una espina, sin que mi torpeza logre mellar su punta.

Os saluda y os pide perdón

JUAN SILVESTRE.

P. D.—He de contaros, señor Tournebroche que después de escrita esta carta, hablé con un teósofo sobre la visión de mis descabezados flautistas y me contestó con la piadosa mirada característica en estos seres, mirada que parece descender de un belvedere:

—¿Qué sabe Ud.? En cada uno de ellos se empolla un poeta, un filósofo, etcétera. Ese deseo que a Ud. apena, los incuba. En esta existencia tienen la flauta y no tienen la cabeza, pero en el futuro tendrán cabeza y flauta.

Y os confieso, señor Tournebroche, que me sentí ligeramente consolado.

1919.

do». —«¿Y la política de Estado?» —interrogó María Teresa.—«¿Está ella acaso por encima de la religión?» Con esta inesperada respuesta la Emperatriz determinó postergar la partida de la Archiduquesa. Luego al otorgarle su venía le exigió una visita a las tumbas de sus antepasados, entre las cuales estaba reciente la de una Princesa muerta de viruelas. Despidióse la Archiduquesa de sus amigos y parientes consciente de que sucedería: se contagió y murió de viruelas.

Y en pocas líneas describe la Princesa Lamballe aquella omnipotente influencia de Madame de Pompadour, la negociación del matrimonio de María Antonieta con el Delfín, la muerte de la poderosa amante de Luis XV y el arribo de la Du Barry. Todo esto en la extensión de pocas páginas. Pero con cuánta seguridad de juicio, con qué penetración de los designios de los intrigantes; como si los viese con los ojos de una generación más tarde.

Con cuán feliz ironía relata las relaciones del Delfín y de su esposa durante aquella larga época de frialdad que precedió a la consumación del matrimonio, demorada así por la natural indiferencia del real consorte como por las influencias de sus tías y finalmente por la villana intriga donjuanesca de Luis XV. Con qué amargo sarcasmo castiga las modas de la época imaginadas para esconder las ligerezas y los infortunados accidentes de las damas de la Corte en rotación nuevemesina de astronómica precisión. ¡Se ve arder el terciopelo de la carne de la Du Barry bajo el hierro candente que le aplica la Princesa! ¡Con qué robusta aguja de acero pirograba el carácter del Cardenal Príncipe de Rohan y la procesión de sus traidoras intrigas, infiel a su Rey y desleal a la Emperatriz de Austria, cuyos intereses declaraba servir!

Narra con la pluma de Saint Simon y la maestría de concisión de Tácito. Veis las escenas y se os quedan en los ojos fúlgidos los rasgos de las figuras centrales. Sabe montar la belleza de un sentimiento entre los hilos de su relato como el orfebre monta zafiros en sus filigranas. Vedlo: En las afueras de París, donde los pobres sufren de hambre y de frío, la reina María Antonieta que no deja de correr en su alivio se encuentra con la Princesa de Lamballe. «Cielos—le dice—¡cuánto deben sufrir los pobres. Ando abrigada como un diamante en su estuche, cubierta de pieles y sin embargo estoy helada de frío!» ¡El frío del dolor y la desnudez ajenos!

Hay en estas *Memorias* páginas que parecen desolladas, tan vivas y nerviosas son.

Se apoya uno como en lanza de



Memorias de la Princesa de Lamballe

POR R. BRENES MESEN

HAY vidas que se deslizan como las aguas de las alegres fuentes: cantando y corriendo, mientras en su seno se reflejan los paisajes de las orillas y las islas de las nubes, todo lo pasajero, sin lograr aprisionar en la diáfana movilidad de las ondas siempre transeuntes, ni el triángulo de una ala ni el punto de una estrella.

Pero la vida de esta mujer cuyas *Memorias* voy leyendo o posee aguas diversas o ellas corren sobre un fondo sensibilizado que detiene en su desfile las imágenes para examinarlas luego con los ojos de las Gracias y el entendimiento de las Sibilas: es la Princesa de Lamballe.

Las *Memorias* se abren con un cuadro de la política ambiciosa de María Teresa, Emperatriz de Austria. Si de este calculador y cruel carácter nada

supieseis bastaría la lectura de las primeras cuatro páginas para que os quedase una vívida visión de su alma ambiciosa y terrible. En esta Emperatriz la mujer de Estado ahogó los sentimientos de la madre; antepuso lo que juzgó la conveniencia del Estado y la grandeza de su dinastía a los instintos simplemente femeninos y maternales. Y fuera bien esto pues que la salud del Estado impone esa conducta. Pero qué crueldad la suya para alcanzar sus fines. Cuando la Archiduquesa Josefa casó, por poder, con el rey de Nápoles, su madre, sondeando el ánimo de la hija, le preguntó cuál sería su colaboración en favor de los designios imperiales, una vez instalada en la corte de Nápoles. «Dice la Escritura—le respondió—que cuando una mujer se casa, pertenece al país de su mari-